

Cuando nos interrogamos sobre lo que define la existencia cristiana, cuando parecen pulverizarse las certezas de ayer, y cuando hasta las afirmaciones fundamentales del Credo son cuestionadas, nos resulta beneficioso releer una página del Evangelio como la que este domingo propone a nuestra meditación. En ella nos es transmitida la fe de la Iglesia, nos son entregadas la obra de Cristo así como su enseñanza. El es la vid, nosotros los sarmientos. El existir cristiano consiste, pues, en estar injertados en él a fin de que la savia, que es su propia vida, corra por los sarmientos que somos nosotros.

Dos corrientes actuales podrían ayudarnos a comprender mejor las lecciones de este Evangelio: una de tendencia activista, la otra de dominante mística.

Empecemos por decir que la alegoría de la vid parece estar bastante alejada de una perspectiva que hoy es muy corriente. Lo que ha ocupado el primer puesto en la reflexión cristiana y en la predicación es la presencia en el mundo, la inserción en la lucha de los hombres por su liberación, la preocupación por la eficacia del esfuerzo colectivo. "Trabajen, comprométanse en el servicio del prójimo" —se dice a veces— "y entonces descubrirán que en esa misma entrega a los demás y en el servicio desinteresado Cristo está presente".

Lejos de ser condenable, esta orientación es un camino legítimo. Supone una educación cristiana que ha inspirado vidas ejemplares, admirablemente entregadas y conformadas al ideal evangélico. Sin embargo, para que se pueda llegar a buen término, es menester que no se corra demasiado rápido y que las implicaciones de la acción se encuentren verdaderamente con la iniciativa absoluta del don gratuito de Dios. Pero, sobre todo, hay que tener en cuenta que esta manera de descubrir la vida evangélica no constituye el único camino. El texto de san Juan que estamos comentando está, en efecto, bastante alejado de él. Y hasta va a invertir las perspectivas: parte de lo alto, atrae hacia lo alto antes de volcar hacia la actividad inspirada por la fe y movida por las energías divinas.

"Permaneced en mí, y yo en vosotros". Tal es el llamado, tal es la consigna; esta pequeña frase podría muy bien ser la clave de todo el pasaje, el punto donde se articula su doctrina, "vosotros en mí, yo en vosotros". En el lenguaje de san Juan, el verbo "permanecer" expresa la permanencia y la actualidad de una presencia, una interiorización, una proximidad de ser y de vida. Traduce la inmanencia recíproca de Jesús y de los suyos. ¿En qué consiste ésta? Las varias teologías han tratado de expresarlo en esquemas mentales diversos. En Occidente se ha hablado preferentemente de gracia transformante, santificante. El Oriente cristiano habla más bien de divinización, deificación. En ambos casos, las palabras empleadas: participación, comunión, relación, afirman que hay una presencia sin que ninguna filosofía pueda traducir adecuadamente el misterio. Y si las filosofías modernas, que han vaciado al hombre

* Hemos incluido esta homilía —aunque no procede del ambiente monástico— por hacer bellamente referencia explícita a un tema muy querido de los monjes. Agradecemos al autor su amabilidad de permitir su publicación.

de sí mismo, no son aptas para expresarlo, deben hacerse a un lado y dejar paso a lo que la Palabra de Dios enseña y que, vivido por los santos y por innumerables fieles, ha cambiado sus vidas.

"El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque fuera de mí nada podéis hacer". En verdad, lo primero es la existencia en Cristo, que lleva consigo un dinamismo que se irradia sobre todos los actos de la vida. Dicho negativamente, es imposible llevar fruto sin permanecer en Jesús como el sarmiento en la vid. Mas, para el creyente fiel, no ha de haber inquietud alguna sino certeza serena, incommovible. La obra divina se transfundirá indefectiblemente a los humildes servicios de todos los días y sobre todo a esa cualidad del amor que constituye la comunión de los santos y que es como la sustancia espiritual del mundo.

Si bien en nuestros días existe el peligro de que se olvide la dimensión mística del cristianismo, peligro que es necesario evitar, existe al mismo tiempo una tentación diametralmente opuesta por la cual la fe cristiana se desvanecería en una especie de mística vaga e indiferenciada. Es bien conocida la seducción actual que ejercen la India y las espiritualidades inspiradas en el Extremo Oriente. Su influencia es difusa. Ejercen un atractivo especial sobre un cierto número de jóvenes que quieren romper las barreras impuestas por la técnica, que se ha tornado soberana, o las dominantes de una sociedad entregada al lucro y al bienestar material. Ellas atraen por la fuerza de un inmenso esfuerzo hacia las profundidades del ser que, en ciertos casos, es una auténtica búsqueda de Dios. Sin embargo, comportan un riesgo porque conducen hacia un Yo impersonal o a que el propio yo se pierda en el vacío universal. Llevadas al extremo, suscitan el desinterés por el mundo. No es tal la doctrina evangélica, que, sin embargo, es profundamente mística.

"Permaneced en mí y yo en vosotros". Nada más personal que el Yo y el Tú de esta inmanencia recíproca de la que ha hablado Jesús. No obstante, la comunión es total. Ese deseo que existe en todo amor humano, y que jamás será plenamente realizado, de abolir las distancias, de constituir un "nosotros", ese imposible del amor, resulta ya vivido en Aquel que deviene nuestra vida inseparable, que vive en nosotros y en quien nosotros vivimos. Tal es el misterio de comunicación, que sobrepasa toda palabra y toda imaginación y que crea la unión mística con Dios en Jesucristo. Tal es la enseñanza cristiana: no un ideal de evanescencia, no la fusión y la absorción en un Todo impersonal. Dios es el Más-allá, y sin embargo, nuestro lugar, nuestra morada. Dios es el totalmente Otro y sin embargo está en nosotros más que nosotros mismos, en nuestro ser, en nuestra responsabilidad y en nuestra actividad, que él provoca y sostiene.

Para terminar, permitidme que os proponga una plegaria que expresa, reuniéndolos, estos aspectos del misterio. Se la emplea en la profesión religiosa de las monjas benedictinas. (Una de nuestras hermanas, ex-miembro de nuestro coro, profesó en Solesmes al comienzo de esta semana). Se trata simplemente de un versículo de salmo que se repite por tres veces. "Suscipe me, Domine, secundum eloquium tuum et vivam...". "Recíbeme, Señor, según tu palabra y viviré...". Recíbeme, acógeme. Habría que completarlo y decir: "Yo estoy en ti, mi morada eres Tú, mi universo es el del Padre, por el Hijo y en el Espíritu. Nada ni nadie está más próximo a mí, nadie es más constitutivo de mi existencia que Tú, en tu presencia gratuita en mí, y sin

embargo, recíbeme, dignate manifestarme tu acogida. La única distancia que nos separa, la distancia de mi oración, es la de tu aparente silencio, la de la prueba de mi vida, que es la oscuridad de mi fe. Yo estoy en ti, y sin embargo recíbeme, ayúdame a adquirir una mayor conciencia de ello, en la adoración, la admiración, la acción de gracias. Y viviré, y llevaré fruto y no podría no llevar fruto. Pues tu presencia reactiva sin cesar todas mis energías; ilumina todas las cosas y me hace ver el mundo transparente a tu acción, incandescente en tu luz. Porque por ti la historia humana deviene historia de inmensidad, y en todo rostro leo una vocación divina”.

Hermanos, tal es la comunión con el Viviente que constituye la existencia cristiana; tal es la presencia transformante que de generación en generación ha suscitado hombres y mujeres cristianos que han tomado en serio, siguiendo a Pablo y a Juan, la palabra de Jesús: “El que permanece en mí y yo en él lleva mucho fruto”. Ellos forman la vanguardia espiritual de la humanidad. Ojalá podamos nosotros inscribirnos humildemente en ese linaje.

P. E. Berrar Notre-Dame de París